

# Palabras son amores

Jesús Romero Aragón

Profesor de Filosofía y escritor.  
Miembro del Instituto E. Momtzer.

**D**e poseo, como siempre, y como siempre, sin dejar de pensar, los escritos a suar hace unas días sobre cosas por una Salamanca, hechuras de palabras y hechas de cosas, cosas agudas. Y como Salamanca, para a todos los cambios, si que siendo Salamanca, con pie y con callos me he venido hasta el año Miguel de Cervantes. Allí se debate la cuestión, importante como tal en tiempos recientes y no tan nuevos, del papel que ha de desempeñar la Universidad dentro de la Iglesia. Faltó sólo algo el título genérico (y con que acuerdo) de Misión Universitaria.

La falta de papel da los manipulaciones (técnicas mínimas) me hicieron en aparecer: que si sería, que si praxia. Y, curiosamente, como siempre, fue desde los ámbitos de la poesía desde las cuales se plantó la discusión como exclusiva nada machista. Nada de complejos machos a la vez ni al cielo.

Una vez más, como ocurre cuantas veces se plantea una cuestión en estos términos, yo volví a sentir el dolor y la humillación, así con ejemplo de culpabilidad, que siempre acaba olvidando. A pesar de que soy joven todavía, he sentido muchas veces a lo largo de mi vida la soberbia de los hombres, pero que (no me equivoque yo mismo, o sí) hacen al-

guna conciencia de su humanidad y se miran despectivos por encima del hombre, como diciendo: (y sin querer) ¡padric! Y eso, que no sabe hacer otra cosa, que se llama hombre a lo que se quiere llamado, nada por sentirse nada, en otro título de superioridad, una (otra) cosa que escribir o una boca más que decir. Y eso, que no sabe hacer otra cosa, se ve obligado, por la presión del ambiente, así a

pedir perdón, como si estuviera moralmente comprometido más allá de sus capacidades. Como si el servicio sólo pudiera prestarse de un modo, como si sólo podría ser una cosa: porque sólo una, hacen las necesidades de los hombres, como si no hubiese otro modo de dar el calor que no fuera dar los callos de la palma de las manos y el llamado talón de la frente parlada.

A menudo, a los que decían su vida, dentro de la Iglesia, al estudio y a la palabra se les exigía que verificaran su existencia en la correspondencia, que correspondiera con los callos de sus manos las palabras que sólo por su boca, que demostraban tener por razones (que nunca) las razones que por-

teban creer y decirles. Como si el pensar o el decir no fueran una actividad, como si la vida como libro y libro no fuera una vida, sino la evolución de la vida, de una vida más ingenua, más bruta y más analítica. Como si hacer cosas necesariamente en palabras, como si no hubiese ejercicio del amor en el ejercicio de las cosas de soledad solitaria consagradas al estudio, como si no fuese ejercicio del amor el

Como si no  
hubiese  
ejercicio del amor  
en el ejercicio  
de las horas de  
soledad solitaria  
consagradas  
al estudio

jercicio, tanto como el estudio, del pensamiento y la palabra.

Sin embargo, decir y pensar es el modo que algunos tienen de amar a Dios y al prójimo (o es que ambos amamos, no sólo uno solo y el mismo amar a Dios es el prójimo con el amor que gratuitamente hemos recibido de Dios).

El decir y el pensar es, y ha sido, el quehacer de muchos hombres de Iglesia y, por tanto, de hombres fraternales y solidarios. Ellos nos han dado, entre otras muchas cosas, no sólo sus palabras y sus acciones (a veces acertadas y a veces no), sino su ejemplo pleno, su vida concreta, su decir, si nos han aborrido, se nos

han trabajado como hacendados en aparcería y padecieron hambre, esto no como debían. Sus condiciones, sus derechos, sus peticiones tal vez sean correctas, pero no así sus ideas, sus largos años (por lo menos que sean los años siempre) de estudio, de palabra y de pensamiento. Al final del camino, lo que se ha recordado, aquello de lo que uno se ha desprendido, es la vida misma, lo único a medias propio que uno tiene, el único regalo a medias que a uno le cabe hacer, lo único de lo que uno a medias dispone. Y eso no es nada.

Ya sé que hay muchos que me reprochen esta vida, acaso porque no la entienden. Ya sé que hay muchos que opinan que sólo se actúan el hombre cuando se arroja el más dulce de los hombres y se carga sobre él la más dura y evidente de las cruces. Pero ocurre también que equilibra poner el hombre y ponga palabras. Y uno descubre entonces que, como producto de una malformación congénita, tiene el hombre en la boca, y que pasar su vida así sea su único modo de armar el hombre a las tareas de este mundo. Y sale el calle del chero trabajo en la lengua y anda uno dando en su cuarto a volar cuando las cosas (palabras y acciones) no salen, o cuando salen y apenas llegan a nada. Frente al calle, como a un alfiler (el costador sigue siendo un día vestido negro), sobre uno de los costados pequeños del dedo corazón de la mano derecha. Y una otra ese calle que algunos creen demasiado y se dice no es nada, esas palabras no son palabras sin más, más desde que se diga en el quehacer. Y comprende que, en el forato, el quehacer es lo de verdad. Porque ser cristiano no es un quehacer, sino un modo

de ser. No son las cosas que hacen o deciden las que nos definen como cristianos, sino el sentido por el que hacemos esas cosas. La palabra que nos anima, la acción que nos mueve. Ese sentido que, más allá de las cosas que ocupan nuestras manos y nuestro tiempo, lleva nuestras vidas. Y ese sentido, medida única de nuestra actividad, nos lleva de sobriedad humildades y nos muestra que acciones aparentemente semejantes no se parecen en nada cuando sus resultados por espíritu difieren, y que acciones que en absoluto se parecen no son más que una

simplemente que, con poca diferencia, logran como también pertenecer a Cristo en los vestios que pacíficamente habitan tras las puertas de los claustros.

La Iglesia, llamada a ser universal, es amplia. Sus necesidades, que son las necesidades de todos los hombres, son muchas. No creo, por tanto, que sobre nadie, que sea despreciable cualquier hombre. Hay que dar de comer al hambriento, sí, pero hay también que vestir al que no sabe, porque no sólo de pan vive el hombre más allá de su cuerpo. Hay muchas necesidades que desobede, muchas maneras, y

hay muchos modos que aportar.

Yo, instalado en el primer mundo, no sé qué es lo que más urge en el terreno o en el cuarto, pero sé que ese Occidente del Norte, es el que para bien y para mal (y lo dice actual vivo, más allá de su tierra de hablar y se va de por dentro. No sé qué hará falta en otros mundos, pero sé que, desde luego, tierra de misión la reconstrucción sobre el desmorono y el fracaso. La invocación de Chequerle del Norte (Jesús en los años milenarios), servida, en gran medida, por la credulidad de unos maldecidos religiosos, necios presbiteros, intelectuales y otros milicianos de este valdres. Y en todo caso, yo lo digo clarísimo, la Universidad tiene mucho que hacer y que

*Quiero no llevar dentro de sí unos palmas de terreno para su escritura espiritual no la hallará en ninguna parte, aunque deje tras de sí obras maravillosas y, sin duda, útiles para los otros*

de ser. No son las cosas que hacen o deciden las que nos definen como cristianos, sino el sentido por el que hacemos esas cosas. La palabra que nos anima, la acción que nos mueve. Ese sentido que, más allá de las cosas que ocupan nuestras manos y nuestro tiempo, lleva nuestras vidas. Y ese sentido, medida única de nuestra actividad, nos lleva de sobriedad humildades y nos muestra que acciones aparentemente semejantes no se parecen en nada cuando sus resultados por espíritu difieren, y que acciones que en absoluto se parecen no son más que una

simplemente que, con poca diferencia, logran como también pertenecer a Cristo en los vestios que pacíficamente habitan tras las puertas de los claustros.

La Iglesia, llamada a ser universal, es amplia. Sus necesidades, que son las necesidades de todos los hombres, son muchas. No creo, por tanto, que sobre nadie, que sea despreciable cualquier hombre. Hay que dar de comer al hambriento, sí, pero hay también que vestir al que no sabe, porque no sólo de pan vive el hombre más allá de su cuerpo. Hay muchas necesidades que desobede, muchas maneras, y